

# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



## ESTUDIOS HISTÓRICOS

### SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE  
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

#### ARTÍCULO 4.º (1)

Estrechamente unido con el cardenal Polo, empezó Carranza á reorganizar la iglesia de Inglaterra, conmovida por movimientos contrarios. Enrique VIII habia destruido los antiguos reglamentos, abriendo ancho camino al espíritu innovador que hizo de los templos una arena de disputa. Aplicóse el dominicano á devolverles su antigua paz, nombrando inspectores á los frailes que de España habian venido, y cuidando en gran manera de su policía interior. El carácter naturalmente triste de la reina se agrió desde la partida de su esposo, hacia quien habia concebido una pasión maniática: su fanatismo, cada vez mas exaltado, anhelaba, como piadosa obra, la violenta y sanguinaria destruccion de la herejía. Carranza se vió mas de una

vez obligado á moderar su zelo, aunque los últimos acontecimientos de Alemania, la abdicacion del emperador y la frialdad algo hostil de Paulo IV imponian á Felipe II la grave obligacion de velar inflexiblemente para que, á favor de tantas alteraciones, no se emancipase otra vez la Inglaterra de la comunión de Roma.

Poco antes de morir habia decretado Julio III la reunion de un concilio nacional donde se discutiese y arreglase definitivamente cuanto tocase á la completa rehabilitacion del catolicismo y á las relaciones del gobierno inglés con el pontificado. No se prestaba obediencia al reino á la convocacion de esta asamblea bajo los auspicios de prelados españoles; pero Carranza, allanando todas las dificultades, transigiendo con los contrarios intereses, y valiéndose del prestigio que le daba su modificacion, logró que empezasen las sesiones del concilio el dia de todos los Santos, á orillas del Támesis, en el palacio del arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra. Duró hasta la cuaresma del siguiente año en que le prorrogó  
*Madrid 29 de agosto de 1841.*

(1) Véanse los cuatro números anteriores.  
TOMO II.—9



el legado para que no quedasen por mas tiempo huérfanas las iglesias de sus pastores. Ocupóse entonces el dominicano en arreglar los cánones, clasificándolos con sencillez para presentar un trabajo ordenado en las sesiones futuras.

Habia mandado entretanto el cardenal Polo una reforma general en las universidades; algunos clérigos españoles partieron con otros muchos ingleses á Cambridge, y para visitar la universidad de Oxford nombró la reina una comision compuesta de fray Bartolomé Carranza, el doctor Polo, dean de Londres, y Nicolás Amanto, datario de la legacia. Sus informes al gobierno no pudieron menos de ser favorables: la enseñanza se aplicaba con esmero: estudiábanse las doctrinas católicas, y las idéas luteranas eran refutadas diariamente de palabra y por escrito: habian acudido á aquel antiguo establecimiento afamados doctores, severos eclesiásticos, y eran sus principales maestros fray Pedro de Soto y fray Juan de Villagarcía.

De vuelta á la capital cuidó el infatigable dominicano de devolver al culto la pomposa magnificencia que le despojara la reforma. Recibia continuamente, por orden del rey, inmensas cantidades de España que gastaba en limosnas y en suntuosísimas procesiones que mandaba celebrar. Asistían los magnates ingleses y españoles con la cabeza descubierta en las lujosas ce-

remonias, volviendo á brillar el oro y la pedrería en los ornamentos eclesiásticos.

Arreglada la enseñanza pública, organizadas las parroquias, concluido el concilio y pacificada la nacion, decidióse el castigo de los principales hereges que habian figurado en las revueltas anteriores. Exigiólo Paulo IV, demandólo ardentemente la reina, y Felipe, viendo anuncios de próxima tempestad, dió sus instrucciones á Carranza. Comenzáronse algunos procesos y se desterraron varias personas. Tomás Crammer, que pronunció la sentencia de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragon fué nombrado en recompensa arzobispo de Cantorbery por el monarca perjuro. Su causa fué remitida al papa: en vista de ella formó tribunal con los cardenales y recayó la sentencia de muerte relajándole al brazo secular. Los protestantes de Inglaterra miraron su desgracia como propia: formáronse asociaciones con el fin de libertarle: sus ardientes secuaces circularon proclamas incitando á la rebelion; y entretanto Carranza permaneció tranquilo, calmando el espanto de la reina entristecida con los siniestros anuncios. Hizose alarde de la fuerza militar; tomáronse las precauciones convenientes, y Tomas Crammer fué quemado vivo sin resistencias ni alboroto.

Entregóse en Cambridge á las llamas el cuerpo de Martin Bucero



insigne dogmatizador de los errores luteranos; y el preceptor del difunto rey Eduardo fué enviado desde Flandes á Londres, donde, en presencia del cardenal y de Maria retractó sus doctrinas heréticas, reconciliándose con la comunión católica de que se habia apartado.—Impusieronse algunas penitencias públicas, encargáronse otras secretas, y en todas partes contenia Carranza los escesos que traia consigo la reaccion. Pensando luego sofocar en su origen el mal, propuso á la reina sus proyectos para contener la imprenta luterana: promulgaronse decretos impidiendo la publicacion de dañados libros y recogiendo las obras que contenian gérmenes de trascendentales errores. Las equívocas biblias que estaban en los templos á disposicion comun, atadas con cadenas á los bancos, fueron arrancadas de su puesto y entregadas á las llamas: prohibióse la libre introduccion de folletos alemanes y sujetáronse á censura los de las otras naciones. Treinta mil personas salieron desterradas de Inglaterra, estrangeros en su mayor parte que habian acudido de Flandes y de España á gozar de la libertad de cultos; protestantes suizos y austriacos, ó calvinistas franceses que alimentaban la discordia y mantenian el pais en constante agitación.

Estas medidas atraieron terribles enemistades hacia Carranza. Suponíanle autor de unas persecucio-

nes que se esforzaba en moderar: y el populacho, instigado por los señores protestantes, llegó alguna vez hasta insultar su dignidad con dicterios que ni le aterraban ni conmovian. «El fraile negro, decia un marino holandés predicando una noche en las orillas del Támesis, es la causa de todas vuestras desdichas: él sostiene con su autoridad la opresion española: es necesario libertarse de él»: aquella misma tarde fueron á buscarle unos grupos junto al convento: divisaron de lejos el hábito sombrío del dominicano, y dejándole pasar, atacaron su celda solitaria, rompiendo las puertas, mas sin poder entrar porque acudieron unos criados aragoneses: muchas veces repitieron tentativas para matarle, y siempre gracias á su serenidad y fortuna, se libertó de asechanzas y persecuciones.

Concluidos sus trabajos en Inglaterra, pasó Carranza á Flandes en julio de 1557, á dar cuenta de su conducta á Felipe II. Hallóle ocupado en la guerra contra Francia, pero á pesar de la rapidez de sus preparativos, enteróse menudamente de cuanto en favor de la unidad católica se habia hecho. Quedóse el dominicano en Bruselas donde á poco llegó la noticia de la victoria de S. Quintín: completamente derrotados los franceses dejaron libre campo á los proyectos del joven monarca que empezó á desarrollar su vasto y difícil sis-



tema. Por orden suya partió Carranza á Lovaina, donde de acuerdo con el doctor Ricardo Tapaes, chanciller de la universidad, formó varios reglamentos para estorbar la entrada de los libros hereges que los alemanes introducían. Muchos luteranos, emigrados de Córdoba y Sevilla al norte de Europa, habían ido pasando el Rhin á favor de las últimas guerras; y sus doctrinas, publicadas en español, inficionaban á sus compatriotas que acudían en gran número á perfeccionar su enseñanza, aprendiendo de paso el idioma flamenco. Así la famosa universidad contenía peligrosos gérmenes de ideas protestantes, y los estudiantes de teología dejaban entrever en sus ejercicios públicos tendencias reformadoras. Y como la política del emperador había sido traer á Lovaina, jóvenes de ilustre alcurnia para familiarizar á los españoles con sus nuevos estados y estrechar provincias lejanas con los vínculos de mútuo é íntimo comercio, las semillas luteranas habían de fructificar luego en la península donde desgraciadamente se hallaban sobrados elementos para abrigar su desarrollo. Felipe II comisionó á Carranza y á D. Francisco de Castilla, alcalde de casa y corte, para calificar á los estudiantes de España, tomando nota de las ideas de cada uno, y adoptando precauciones para que no corriese el contagio. Recogieron muchos libros de inficionada doctrina, y enviaron

á Francfort, disfrazado de seglar, al religioso agustino Lorenzo de Villavicencio, fraile jerezano de singular actividad: cogiéronse y quemáronse muchas obras, y averiguóse que se introducían por la frontera de Jaca en el reino de Aragón. Avisólo el rey al Inquisidor general, para que zelase las comunicaciones de los emigrados españoles en Alemania.

Había muerto en mayo de aquel año el cardinal arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Silíceo. Llegada á Bruselas la noticia, resolvió el rey á pesar de las pretensiones de antiguos prelados y de los miembros mas distinguidos de la grandeza, conferir á Carranza tan elevada dignidad. Satisfecho de su zelo, agrado á sus trabajos, procuró sin embargo meditar con la acostumbrada detencion el nombramiento del primado de España, y decidido, participó su voluntad al hábil y sorprendido dominicano. En vano se escusó con sentidas frases en cuanto el respeto le permitía: en vano hizo presente al monarca que no se hallaba con fuerzas para sostener tal peso y que era mas conveniente nombrar á un prelado de primera clase para regir la iglesia española: propuso con este objeto á D. Gaspar de Zúñiga y Ave llaneda, obispo de Segovia, despues cardinal-arzobispo de Sevilla: á D. Francisco de Navarra, obispo de Badajoz, despues arzobispo de Valencia, y al célebre fray Alfonso



de Castro de la órden de S. Francisco, despues arzobispo electo de Santiago; representó los méritos y servicios de cada uno, exajerando sus cualidades y merecimientos; repitió sus escusas, agotando todos los pretextos para espresarlas: pero el rey, que no mudaba facilmente de resolucion, le mandó aceptar bajo la pena de obediencia y fidelidad que le debía. En el monasterio franciscano de Bontandal, cerca de Bruselas, donde fué á comulgar el soberano antes de partir para el ejército, repitió con mas calor sus súplicas Bartolomé Carranza, sin recibir otra contestacion. Esta muestra de señalado aprecio fué un verdadero pesar para el modesto dominicano.

Mas ambicioso de gloria que de dignidades, conceptuábase débil para atender á las complicadas atenciones que el arzobispado de Toledo llevaba en aquellos tiempos consigo. La gran estension del territorio á que se estendia su jurisdiccion, las prerrogativas y derechos de que gozaba, las enormes rentas de que disponia, la numerosa sociedad eclesiástica que acataba sumisa sus órdenes, los honores é influencia política que acompañaban tan alta dignidad, asustaban á Carranza que, como Ximenez de Cisneros, tenia elevadísima opinion de los deberes de un prelado. Por otra parte sus negociaciones diplomáticas en Londres, sus controversias con los protestantes, sus disputas con los herejes, le habian

hecho acercarse forzosamente á los que odiaba como sectarios y enemigos. La exajerada idea que se habia formado de su perversidad en el retiro del claustro no pudo menos de perder su violento empuje. Lamentando el extravío de sus doctrinas, llegó á conocer en el trato íntimo con los luteranos, que el espíritu de secta preocupaba el ánimo de hombres honrados, leales, llenos á veces de virtudes y de vastísima instruccion: vió morir en la hoguera á pertinaces herejes que cantaban los salmos y las profecias entre los dolores y angustias del suplicio. Desde entonces, facil es comprenderlo, la compasion tuvo mas cabida que el odio en su alma y una tolerancia secreta entró, á pesar suyo, en su corazon. No eran estas las disposiciones mas necesarias para empezar la violenta reaccion que reclamaba el catolicismo: otras cualidades necesitaba el gefe de la iglesia española: fanatismo mas ardiente buscaba Felipe II, y el dominicano lo sabia. Asi que, al examinar su propia alma en la soledad de su retiro, temblaba al considerar la grave carga que iba á echar sobre sus débiles hombros.

Volvió á Bruselas el rey, y su secretario Pedro del Hoyo visitó á Carranza para arreglar su presentacion al arzobispado: vaciló de nuevo y retrocedió: pero pasando á verle grandes de España, magnates flamencos y estrangeros príncipes, le rogaron encarecida-



mente, que no diese al soberano un disgusto con su negativa. Con vencido y obligado, espresó su agradecimiento á Felipe II, suplicándole solo que lo libertase de tan grave peso, si se presentaba una persona mas digna, ya que las bulas pontificias habian de tardar forzosamente por los embarazos de la guerra de Nápoles. El rey mismo escribió de su mano la presentación, marcada con el sello de la puridad; y á los tres meses llevó á Carranza el capitán Heraso su presentación pública que fué enviada inmediatamente á Roma. Propuesto y preconizado en consistorio pontificio el 16 de diciembre, se despacharon á los tres dias las bulas sin requisitos curiales ni informaciones: Paulo IV, que lo habia conocido en Trento y se hallaba informado de sus posteriores tareas, dispensó todas las fórmulas, diciendo que el nombre de Bartolomé Carranza era la mejor de las garantías. Recibidos los despachos, otorgó poder el dominicano en 15 de enero de 1558 para que Pedro de Mérida, canónigo de Palencia, y el licenciado D. Diego Bribiesca de Muñatones, del consejo y cámara del rey, tomasen posesion en su nombre de la silla arzobispal. Al son del órgano, entre repique de campanas, llena la catedral de gente, salió en 5 de marzo el cabildo de Toledo en procesion por el coro, llevando el breve apostólico en una fuente dorada.

Sentado Mérida en el sillón del arzobispo, recibió muchas monedas en un plato, volviendo en seguida á la sala capitular: juró allí Bribiesca en representación de Carranza las constituciones y el estatuto de limpieza, y dando las gracias al cabildo, concluyóse la solemne ceremonia, quedando desde entonces Mérida por vicario general y gobernador del arzobispado.

En el convento de Santo Domingo de Bruselas, á 27 de febrero de 1558, fué consagrado el primado español por el cardenal obispo de Arras, despues arzobispo de Malinas que tanto figuró posteriormente en la península y en los Países Bajos con el nombre del cardenal Granvela. Lucidísima concurrencia asistió al solemne acto, y el clero flamenco pasó á felicitar al dominicano que anunció desde aquel momento su partida, acabando en Amberes la impresion, de su famosa y funesta obra: «Comentarios del reverendísimo Sr. fray Bartolomé Carranza de Miranda, arzobispo de Toledo, sobre el catecismo cristiano.»

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL;  
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuación.)

IV.

Tan románticas aventuras fueron muy frecuentes en las dos sociedades, y las



tradiciones populares recordaban con entusiasmo los amores de la hija de Almanzor con Gonzalo Custias de Lara. Este idealismo y sublime diferencia á la muger dió un colorido poético y maravilloso á las costumbres, y escitaba el corazon y la imaginacion de los caballeros á las mas nobles y arrojadas empresas. Por ello Alfonso el sábio, que promovió tanto en Castilla los sentimientos caballerescos y dedicó un título en su célebre código de las partidas á hablar de los caballeros y de sus calidades desmintiendo con ello la precipitada asercion de Voltaire en *el ensayo sobre las costumbres*, acerca de que la caballería no fué jamás definida ni congnada en la legislacion de ningun pueblo, decia en la ley 22 título 21, partida 2.<sup>a</sup> «E aun porque se esforzasen nas (los caballeros), tenían por cosa guiada, que los que oviesen amigas, que as nombrasen en las lides, porque les reciesen mas los corazones é oviesen mayor vergüenza.» En los siglos 14 y 15 hallaron estas costumbres la mas brillante y magnífica ostentacion en los torneos y córtés de amor, donde la deferencia á la muger llegó á convertirse en una especie de culto poético y casi livino.

Mas una de las cosas que contribuyó tan singular é interesante desarrollo de la humanidad, fué el sentimiento religioso. Cuando este se halla tan profundamente arraigado en el corazon de los hombres, como estaba desde el siglo XI en Europa, y sobre todo en España, hay en él algo de vago, de abstracto de indefinido y de sublime, que

puede producir los hechos mas heróicos y mezclarse con las mas románticas aventuras. Puestas en presencia las dos sociabilidades mahometana y cristiana, él sirvió para inflamar y engrandecer los ánimos, escitar la imaginacion y la piedad de los pueblos, y dar lugar á la construccion de monasterios y pintorescas hermitas, á las romerías y festividades religiosas, donde se buscó la diversion y el solaz, y que fueron principal orijen de las leyendas piadosas, de la poesía y del dráma vulgar. Al volver el filósofo su consideracion á los siglos X, XI, XII y XIII, admira desde luego la portentosa influencia de la religion, y su benéfica accion sobre la moral, las costumbres y la alegría de las masas. La Europa entera parecia entonces dirigida por un solo sentimiento y poder, como se vió en el magnífico drama de las Cruzadas; y despues de ser la iglesia la única fuerza moral en medio de la comun barbarie, venia con sus romerías y festividades á dar libre vuelo á la vida del corazon, á reunir los pueblos, á llevar el consuelo y el placer á los hombres, y á despertar los primeros destellos de la literatura y de la poesía. Los misterios y moralidades, cuna y orijen de drama moderno, nacieron espontáneamente en los siglos XI y XII de la intension y profundidad del sentimiento religioso y de la imaginacion piadosa y romántica de la edad feudal; y los himnos y primeros cántos de la poesía se destinaron á celebrar los objetos sagrados. Mientras se immortalizaban en España en ruda y sencilla versificacion las proezas del Cid, Gonzalo de Berceo



arrebatado de religioso entusiasmo, cantaba los loores de la Virgen y los santos hechos de S. Millan y Santo Domingo de Silos. Alfonso el Sábio emuló mas tarde su númen poético en las *cantigas* á la Virgen, y la poesia gallega, la primera que se oyó en España, recibió su inspiracion de los actos de devocion y piedad religiosa de los romeros de Santiago. Al paso que los juglares y juglaresas entretenian y admiraban al pueblo cantando las singulares aventuras de Bernardo del Carpio, del Cid y de Fernan Gonzalez, y cuando el caballero y el hidalgo hallaban en la caza y en los juegos de lanza su principal recreo, la iglesia reunia sus fieles y los distraía y encantaba, representando en sencilla y crédula narracion las virtudes de la virgen y los pasos mas edificantes de la pasion de Jesucristo. Asi nació la poesia y el drama en medio del entusiasmo religioso de la época, y los misterios y moralidades, apesar de la censura de las leyes y de los concilios continuaron en España hasta el siglo XVII, en que por todas partes se multiplicaron los teatros y el pueblo halló fuera de la iglesia, lo que bajo sus magníficas bóvedas le habia admirado y conmovido. Abusos y lamentables extravíos se mezclaron en estas diversiones religiosas, como se mezcla en todo, y ellos fueron gravemente reprendidos desde Alfonso el Sabio é Inocencio III hasta el severo Juan de Mariana; mas no puede dudarse, que los misterios y moralidades escitaron poderosamente la poesia y la imaginacion de los hombres é hicieron que la Europa y en especial España tuviesen una

literatura original y sublime, fiel reflejo de todos los sentimientos, que se alver-gaban en el fondo de las almas.

Creemos, pues, que la rápida reseña de costumbres que llevamos hecha, ofrecerá los suficientes datos para conocer la vida íntima y moral del pueblo español. Desde el siglo XI al XIII habian ganado mucho las costumbres, y la *religion* el amor y el honor conducian las acciones del hombre, les prestaban un tinte romancesco y maravilloso, escitaban la imaginacion poética de las masas, y creaban los primeros destellos de la poesia y del drama. Mas tarde veremos que lo que siempre aplaudiose en España, y lo que inspiró á sus mas privilegiados ingenios, fue la *religion*, el amor y el honor.

Las turbulencias de la nobleza en los últimos años de Alfonso el Sábio y en los reinados de Sancho el Bravo y de Fernando el Emplazado (1271 á 1312) trajeron la anarquía, la inmoralidad y grosería de costumbres, y perjudicaron notablemente al desarrollo de los sentimientos caballerescos. Continuaron los desórdenes de la nobleza, á pesar de la consumada prudencia de Doña María de Molina, durante la larga minoría de Alfonso XI (1312 á 1325), mas luego que este monarca se declaró mayor de edad en las córtes de Valladolid, principió á dar pruebas de las brillantes prendas y señaladas calidades de que estaba adornado. Y uno de los medios usados por él para llamar á la guerra la atencion de los nobles, y rodear de respeto y prestigio la dignidad real, fue promover los sentimientos caballerescos por la



institucion de la *orden de la Banda*, por las justas y torneos en que tomaba parte y entretenia á la anarquía y belicosa aristocracia; siendo muy digno de observarse lo que sobre ello dice su crónica. (Año 1330). «Otro si, estando el rei en Vitoria, porque sópo, que en los tiempos pasados los de los sus reynos de Castiella et de Leon usaron siempre en menester de caballería, et lo avian dejado que non usaban dello fasta en el su tiempo; porque oviesen mas á voluntad de lo usar, ordenó que algunos caballeros et escuderos que el rei tenia escogidos para esto, que vestiesen paños con banda, que les avia dado. Et él otro si vestió paños de eso mesmo con banda; et los primeros paños que fueron fechos para esto, eran blancos, et la banda prieta. Et dende adelante á estos caballeros dábales cada año de vestir sendos pares de paños con banda. Et era la banda tan ancha como la mano, et era puesta en los pellotes et en las otras vestiduras desde el hombro izquierdo fasta la falda: et estos llamaban los caballeros de la banda, et avian ordenamiento entre sí de muchas buenas cosas, que eran todas obras de caballería. Et cuando daban la banda al caballero, facíanle jurar et prometer, que guárdase todas las cosas de caballería que eran scriptas en aquel ordenamiento. Et esto fizo el rei, porque los omes cobdiciando aver aquella banda, oviesen razon de facer obras de caballería. Et asi acaesció despues, que los caballeros et escuderos que facian algun buen fecho en armas contra los enemigos del rei, ó probaban de las facer, el rey dábales la

banda, et facíaes mucha honra, en manera que cada uno de los otros cobdiciaba de facer bondad en caballería por cobrar aquella honra et el buen talante del rei, asi como aquellos lo avian.» (1)

Con el objeto de dar mayor realce á esta institucion, determinó el rei coronarse en el mismo año, y llamar á Burgos toda la nobleza del reino para armar caballeros y celebrar justas y torneós. E entretanto que ellos (los nobles) se ayuntaban para esto, el rey salió de Búrgos, et fué por sus jornadas en romería á visitar el cuerpo santo del apostol Santiago, et velo y todo esa noche, teniendo sus armas encima del altar. Et en amaneciendo, el arzobispo Don Joan de Limia dijole una misa et bendijo las armas. Et el rey armóse de todas sus armas, et de gambax et de loriga, et de quijotes et de camilleras, et zapatos de fierro, et ciñóse su espada, tomando él por sí mesmo todas las armas del altar de Santiago, que ge las non dió otro ninguno; et á la imágen de Santiago que estaba encima del altar, llegose el rey á ella, é fizole que le diese la pescosada en el carriello. Et desta guisa rescibió caballería este rey D. Alfonso del apostol Santiago. Et porque el recibió caballería desta guisa estando armado, ordenó que todos los que oviesen á recibir honra et caballería de alli adelante, que la rescebiesen estando armados de todas sus armas. Et el rey partió de la ciudad de Santiago, et fué al Padron otro si en romería, porque

(1) Crónica de Alfonso XI; págs. 477 y siguientes. Edición de Madrid de 1787.



en aquel lugar aportó el cuerpo de Santiago. Et dende veno su camino para Búrgos, et desdeque llegó á la ciudad, falló que eran y venidos algunos de aquellos, por quien avia embiado, que recibiesen dél caballería, et atendió fasta que todos fueron llegados. Et mientras que venian aquellos por quien el rey habia embiado, los que eran con él non quedaban de honrar la fiesta de su caballería et de su coronacion, los unos lanzando á tablados en muchas partes de la villa, et los otros bofordaban de escudo et de lanza de cada día. Otrosi tenian puestas dos tablas para justar. Et los caballeros de la Banda que el rey habia fecho et ordenado, pocos de tiempo habia, estaban todo el día quatro dellos armados en cada tabla, et mantenian josta á todos los que querian jostar con ellos. Et porque venian entonces muchas gentes de fuera del reino en romería á Santiago, et pasaban por Búrgos por el camino francés, el rey mandaba estar omes en la calle, por do pasaban los romeros, que preguntasen por los que eran caballeros et esruderos, et decíanles que viniesen jostar; et el rei mandábales dar caballos et armas, con que jostasen. Et en esto venieron muchos franceses, et ingleses, et alemanes, et gascones, et justaban de cada día con hastas gruesas, con que se daban muy grandes golpes. Et en este tiempo estando el rei en este placer, veno y Guitardo de Lebrete, vizconde de Tartas; et dijo al rei que era su voluntad de rescibir caballería del rei, et que en ningun tiempo non la podía aver mas á su honra, que en esta co-

ronacion del rei: et pediole por merced, que lo tovese por bien, et de allí adelante que fincaría por su vasallo. Et al rei plogo mucho con su venida deste vizconde, et recibióle muy bien et fizole mucha honra, et diole cien veces mil maravedises para cada año, que tovese dél por su vasallage. Et de allí adelante fincó por su vasallo, et serviole mui bien estos dineros que del rei tomaba. Et porque en aquel tiempo queria el rei ir folgar algunas veces á las aldeas, que eran cerca de Búrgos, mandaba que á cada logar do habia de ir, le tovesen puesta la tabla para justar, et que tovesen presto guisamiento de armas, et de las otras cosas que oviesen menester. Et el rei jostaba muchas veces, quando queria alguna jostar con él, et facian muchas alegrías en todas las otras cosas que lo podían facer» (1).

F. G. MORON.

## SEGUNDA SECCION.

### AMENA LITERATURA.

#### LA MUJER.

(IMITACION DE WASHINGTON IRBING.)

Hay algo de misterioso y de contradictorio en la organizacion de la mujer; y no es de estrañar que haya sido

(1) Páginas 481 y siguientes, de la citada crónica.



siempre un objeto de desprecio é indiferencia para unos, de admiracion, de respeto y de la mas entrañable ternura para otros. Angel de paz, de consuelo y de beneficencia, ella ha obtenido los mas altos y sinceros elogios de los caracteres generosos y nobles; al paso que el comun de los hombres exagera con placer sus desvios, su veleidad y sus caprichos, y oye con satisfaccion cuanto deprime y envilece su dignidad y fama. La muger sin embargo ha recibido en todas épocas una especie de culto poético de los grandes genios; y yo no sé que de simpático y misteriosa armonía ha existido entre estos y la primera, que desde el Taso, y Lope de Vega, hasta Byron, desde Platon hasta L' Aime-Martin y Washington Irving, las ideas mas sublimes, las mas sentidas y delicadas inspiraciones han sido siempre consagradas á arrebatrar la poética imaginacion de la muger y á inundar de gozo y de consuelo su apasionado y generoso corazon. Es verdad que la generalidad de las personas apoyada en los egemplos comunes de la vida, juzga estos sentimientos esclusivos de poetas y entusiastas, á quienes en su amargo escepticismo lanza el desden y la compasion; mas aunque el error y la ilusion estuvieran del lado de los segundos, es tan noble y sagrada la carrera de los que realzan y engrandecen la naturaleza moral del hombre, de aquellos que la arrancan alguna vez de sus groseras y materiales impresiones, hasta hacerla sentir esa parte infinita y divina comunicada por el cielo á nuestras almas, que merecieran bien la es-

tima, la gratitud y el reconocimiento, en lugar de la indiferencia y del ridiculo, que injustamente se les prodiga. Es nuestra pobre naturaleza de suyo bastante flaca y miserable, para que ofrezca mérito ni interés presentar el cuadro de sus debilidades: la pintura viva, animada, y adornada de cierto idealismo poético de lo que hay misterioso, delicado y sublime en nuestra organizacion, puede sola por el contrario elevar nuestros pensamientos, y mantener en el hombre la vida de la imaginacion y del corazon, que es la mas necesaria para su consuelo y su felicidad. La sociedad actual reconoce el poder del vicio y del crimen: hastiada de todo, busca con inquieto azoramiento descanso y solaz; pero en vano; porque liviana y material ha proclamado los placeres y ha lanzado el desden sobre la virtud y sobre la poesia. Ella recoge los amargos frutos de la semilla que esparce; y si aquellos, cuyo corazon late al impulso de los grandes y generosos sentimientos, y en cuya imaginacion no se halla todavia apagado el numen para pintar con brillante colorido esa parte infinita y divina del hombre, no se presentan en la arena como los paladines de tan noble causa, hay peligro, que la sociedad se barbarice con el tiempo en medio de los placeres, de la materia y del vicio, y lleguen á desaparecer todos los honrados é hidalgos pensamientos, que constituyeron en mejores dias su gloriosa y brillante existencia. No se espere por ello de nosotros que pintemos la muger bajo el desfavorable aspecto de sus debilidades y caprichos;



que aunque sin númen y de escaso saber hay bastante fé en nuestro corazon para admirar y respetar sus virtudes, y bastante honradez para no aumentar la abundante mies de inmoralidad, de indiferencia y de ateismo, que hoy se arroja sobre la sociedad. Recuerdos ademas de agradable y cariñosa memoria dieron á nuestra alma en dias de agitacion y dolor tranquilidad y contento, é hicieron dulce y encantadora nuestra vida; y seríamos desleales é ingratos á tan señalados dones, si al consagrar algunas ideas á la mujer, no fuésemos para con ella tan nobles y generosos, como merecen sus buenas y bellísimas inclinaciones.

Aunque débil y delicada organizacion concediera el cielo á la muger, enriqueciérala magnánimamente con las brillantes calidades que nacen de la vivacidad de la imaginacion y de la generosa sensibilidad del corazon. Era un ser flaco, condenado á la compasion y á la desgracia, y dióla Dios un poder misterioso y sublime sobre el hombre, al paso que imprimiera en el alma de éste un sentimiento de la mas respetuosa é ideal afeccion hácia su naturaleza. Es tan dulce para las personas de grandioso y elevado temple verse arrastradas por la amabilidad y los encantos de la muger; es tan noble para ellas respetar y servir con el mas tiernó y delicado esmero á un ser débil, sin otro garante de su apasionadahesion y de sus heroicos sacrificios que la dignidad y el pundonor del hombre; es tan santo responder con el cariño y la fidelidad mas sublime á la que vierte á manos llenas descanso y con-

suelo sobre nuestra inquieta y agitada vida; que cuando el amor llega á estrechar dos corazones generosos, escita naturalmente toda la poesía, todas las ideas de honor, de virtud y de magnánima abnegacion. Con razon se ha llamado á la muger la fuente mas fecunda y general de inspiracion; porque aunque la virtud, la religion y todas las pasiones morales y profundas sean un manantial de poesía, es escaso el número de los hombres, á quienes inspiran, al paso que raro el de aquellos, que no se sienten agitados y conmovidos de una manera misteriosa y poética, cuando alcanzaron por primera vez la cariñosa mirada de una muger virtuosa, ó su corazon latió gozoso y alborozado al obtener el primer favor...

Anda el jóven en la carrera de la vida inquieto, azorado, entregado á desesperada melancolía, ó encenagado tal vez en placeres que le embrutecen y deshonran; y ni despierta de su sueño, ni siente el encanto de la poesia y de los generosos pensamientos, hasta recibir su alma las delicadas y misteriosas impresiones del amor: hay entonces un cambio en su naturaleza moral; y el que ayer en sentidas imprecaciones y dolorosos ayes maldigera su estrella y su ventura, y olvidára á Dios en el furor de su intenso y amargo padecer; hoy invoca postrado y agradecido su santo nombre, y no trocará su fortuna por la del mas dichoso mortal. Con razon ha sentido el apasionado númen de Byron, que la religion eleva el hombre al cielo, y que el amor hace descender el cielo sobre la tierra; porque tal es el primer



efecto, que el cariño de una muger virtuosa produce en la imaginacion del jóven, y no solo meraliza sus costumbres, vnelve la calma á su lacerado corazon, y hace suave y tranquila su existencia, si que despierta en él la poesía, el amor de la gloria y de las grandes cosas. Oyera el mundo cantar la desesperacion, el amargo escepticismo y el genio del mal y del dolor al entristecido y desolado joven, cuya alma no se abrió jamás á las impresiones del amor; y no bien le mirára su amada cariñosa y dulce, y con su delicada mano estrechára su oprimido pecho, cuando sus primeras inspiraciones son todas himnos de gozo, de consuelo y de felicidad. La vida no le es ya pesada y dolorosa; y si ha debido al cielo nobles inclinaciones y aventajado ingenio, no quedarán sin provecho para la sociedad tan señalados dones; que no le importa ahora el aplauso, la indiferencia, ó el desórden del mundo, porque concentrada su alma en un solo punto, ella vive únicamente para un ser, y halla en su contento el mas cumplido premio y el galardón mas lisonjero de sus trabajos.

Hay en la naturaleza de todos los hombres de elevado carácter un instinto delicado y sublime que la conduce á desear el sacrificio y abnegacion de su persona á algun ser digno por sus altas y generosas prendas de tan esclarecido favor; y es el corazon de una muger virtuosa el último término de sus esperanzas, y el centro donde vienen á depositar todo lo que hay mas íntimo, moral y profundo en su vida poética. Pródigamente corresponde la muger á tan

sublime adhesión: gozosa y alborozada abandona desde los primeros dias su alma y voluntad al que la sirve con ternura, y jamás separará un momento su imaginacion de la memoria y entrañable recuerdo del objeto de su cariño. No habrá alegría ni pesar en su amante ó en su esposo, que no se vea al punto trasladado en su delicada y misteriosa fisonomía, porque olvidada de sí, solo vive para otro, y su corazon parece únicamente destinado á sentir las ajenas impresiones. Es en especial; si la amargura y el dolor combaten duramente la existencia del hombre, el tiempo en que despliega la magnanimidad de su carácter, la poesía de su alma, y la ternura de sus sentimientos; porque entonces se desprende completamente de sí y élévase hasta el mas sublime temple para consolar al triste y hacer llevaderos y dulces los dias del hombre. Sale éste del regazo de su cariñosa madre, ó de los brazos de su amante ó de su esposa, y todo en el mundo, hasta la gloria misma, contribuye á llenar su vida de agitacion y desasosegada inquietud: todo tiende á destruir sus ilusiones y dorados sueños, á presentarle en su desagradable verdad la prosa de la vida, ó á envenenar su existencia con penetrante y agudo pesar: únicamente en el hogar doméstico, en el cariño de una madre, en la ternura de su amada ó de su esposa, es donde encuentra el corazon del hombre calma para su inquietud, consuelo para sus penas, alivio y solaz para todas las enfermedades de su alma; allí hay para él un fondo inagotable de felicidad; solo allí siente



de nuevo la poesía de su imaginación, y su voluntad recibe una energía misteriosa para sostenerse al través de los disgustos y tristes desengaños de la vida. Cuando graves y sagradas obligaciones ocupan el pensamiento del hombre, y la poesía y el afecto de su corazón se reparten entre su esposa y entre sus hijos, la Providencia concede á la mujer el amor inesplicable de madre, y su ternura é inagotable cariño para el fruto de su amor renueva y aumenta el cariño y la ternura hacia su esposo; y no parece niño que el delicado esmero con sus hijos es la reproducción y la extensión del amor á su esposo para objetos de recíproca y entrañable predilección. Cuando por fin llega al hombre el día de su muerte, es siempre la última persona que oprimida y desolada vé junto á su fúnebre lecho, la de la madre, esposa ó hija, que le consolará en sus desgracias, y encantarán su vida; y la primera y la postrer plegaria que se dirige al cielo por su descanso y eterna felicidad, es siempre también la de la mujer que lo amó. Dios sin duda ha querido darle dolores y padecimientos por el hombre desde el nacimiento de este hasta su muerte, y haberla encargado sin embargo de ser el sosten, el apoyo y el consuelo de su vida desde el primero hasta el último instante. Por eso ha merecido en todos tiempos la mujer la admiración y delicado respeto de los grandes genios, y por eso hemos consagrado en nuestros poéticos recuerdos una página de gratitud y deferencia á su misteriosa y sublime naturaleza.

F. G. DE MOROS.

## EL MONASTERIO.

### I.

Brilla la luna serena  
En mitad del puro cielo;  
Todo cuanto me rodea  
Yace en profundo silencio.  
Cercano á la mar se eleva  
Solitario monasterio,  
Cuyo pie la marejada  
Está sin cesar lamienáo.  
Melancólicos elevan  
Las vírgenes en el templo,  
Himnos á Dios de alabanza  
Entre el humo del incienso.  
Lentamente desaparecen,  
Cual dulce ilusión, los ecos  
De los cánticos, y solo  
Se oye el susurro del viento.  
Bella, poética noche!  
Apresta el batel ligero,  
Pescador! la fresca brisa  
Que ahora se alza, aprovechemos.  
¿No ves cuan sereno brilla  
Estrellado el firmamento,  
Sin que una nube importuna  
Manche el azul de su velo?  
Imágen es de tu vida,  
Hombre feliz de los cielos  
La transparencia, y la calma  
Del mar en este momento.  
Las olas con raudó giro  
Van pasando y van muriendo:  
Los astros brillan y á ocaso  
Resbalan con paso lento.  
Tal es tu vida; ó dichoso!  
Nunca turban tu sosiego  
Las tempestades del alma  
Ni los dolores del cuerpo.  
Pescador, al agua undosa  
Tu leve barquilla demos





Y por el mar discurramos  
Tendida la vela al viento.  
Ningun peligro nos cerca,  
Al alta mar avancemos,  
Yo cuidaré del timon,  
Y tú, pescador, del remo.

II.

Dime, pescador, el llanto  
¿Por qué tus ojos empaña,  
Cuando en ese monasterio  
Melancólico los clavas?  
¿Gime acaso en estos claustros  
El dulce bien de tu alma,  
Y lloras marchita en flor  
La rosa de tu esperanza?  
Dime, pescador, tus penas  
Y acaso podré templarlas,  
O juntamente á lo menos  
Lloraremos tu desgracia....  
Pero detente... silencio!  
Ves en aquella ventana  
Moverse una blanca forma  
Cual misteriosa fantasma?  
Virgen es del monasterio,  
Si mis ojos no me engañan:  
Sus blancas tocas diviso

Entre la niebla lejana.  
Cual puros luceros brillan  
Sus ojos que el llanto baña,  
Y ora al cielo los eleva,  
Ora en nosotros los clava.  
Al viento ondea su velo,  
Y entre suspiros exhala  
Un canto triste y suave,  
Al lánguido son de un arpa.

III.

«Pues aunque lo llamo, el sueño  
No mi existencia interrumpe,  
Quiero exhalar aquí sola  
Mis acerbas pesadumbres.  
Compasion, Señor! si vieras  
Cuanto esta misera sufre!

Cuanto anhelo que la muerte  
Mí voz que la llama, escuche!  
En esta tumba, dó viva  
Me han hecho que me sepulte,  
No hay un alma cariñosa  
Que mis lágrimas enjugo.  
En vano al cielo le pido  
Que mi aciaga suerte mude,  
Y apague el fuego ignorado  
Que el corazon me consume.  
Inquietos, vagos deseos  
Tal vez mi quietud destruyen,  
Y mi breve sueño agitan  
Tal vez ilusiones dulces,  
Fantásticas formas veo  
Grazar en rauda vislumbre,  
Cuando el silencio y la noche  
El cielo y la tierra encubren.  
Brillantes son en belleza  
Como angelicos querúbes,  
Y alguna vez en mis labios  
Ardientes besos esculpen.  
No sé qué ardor delicioso  
Dentro en mi pecho discurrir  
Entonces..... en un delirio  
Mis sentidos se confunden.  
De ante mis ojos absortos  
Cuanto me rodea, huye,  
Y un mundo de eternas dichas  
Mi alma atónita descubre.

IV.

«Pero breves son las dichas  
Y larga es, ay! la amargura:  
La ilusion mis penas templa,  
La realidad las aguza:  
Pasaron los dulces dias  
De no turbada ventura,  
Recuerdo de mi niñez  
Que acrecienta mis angustias.  
¿Porqué, si inocente, al cielo  
No ofendió mi pecho nunca,  
En este asilo de penas  
Me encierra la suerte injusta?



¿ No hay un alma generosa  
Que mis cadenas destruya,  
Y el denso velo desgarre  
Que al universo me oculta?  
¡ Cuantas aquí, como yo,  
Arrastran penas profundas!  
¡ A cuantas hirió en mis brazos  
Una muerte prematura!  
En irresistibles llamas  
Tal vez se abrasan algunas,  
Y con sacrílegas voces  
Al cielo y la tierra acusan.  
Al labio sediento estrechan  
De cristo la imagen muda,  
Mas ¡ ay! que insensible esposo  
No sus lágrimas enjuga.  
Otras llevan en el alma  
Clavada la espina aguda  
De algun recuerdo de muerte,  
De celos ó de ternura.  
Una de ellos... pobre Elvira!  
Mis ojos el llanto turba;  
De un angel tuviste el alma  
Y de un angel la hermosura!  
Tú sola, mi dulce amiga,  
Templabas mi suerte adusta...  
¡ Cuantas veces se mezclaron  
A mis lágrimas las tuyas!  
Tú tan sola llevaderas  
Me hacías mis desventuras,  
Y ayer... tu frente de nieve  
Regó mi llanto en la tumba.

## V.

¡ Oh tú que ahora en el cielo  
Con lánguido rayo luce,  
Bella luna! compadece  
A una infelice que sufre.  
El porvenir me aparece  
Cubierto de negras nubes:  
Solo espero que la muerte  
Pronto á mi amiga me adunc.  
Si tantas veces mi acento  
En llorosos ecos dulces  
A ti se alzó, cuando el mundo

La noche en su manto cubre,  
Oh luna hermosa! si quieres  
Que nunca mas te importune  
Haz que ora mismo á rayo  
Mi temprana muerte alumbre!.

## VI.

De pronto en el alta torre  
Un son metálico vibra,  
Que llama á las religiosas  
A la oracion matutina.  
La virgen lo eye temblando,  
Y parece que vacila:  
Terrible resolucion  
En su semblante se pinta.  
Qué horror! á la mar se arroja...  
Bema, rema hácia la orilla,  
Pescador... ¡ Qué!... desmayado,  
La frente pálida inclinas!...  
Vuelve en tí!...—Dejádme, dice,  
De qué me sirve la vida?  
Desventurado de mí!  
Perdi mi adorada Elvira!...

E. DE OCHOA.

## ALBUM.

TEATROS. Las dos únicas novedades que hemos tenido en la presente semana han sido el *Mercader Flamenco* en el del Circo y las *Memorias de un coronel* en el PRINCIPE; la primera en tres actos y la segunda en uno, ambas traducidas del francés y recibidas bien por el público. El *Mercader* no pasa de una medianía; hay poca novedad en el argumento y bastantes escenas lánguidas y de poco efecto pero entretiene y divierte en otras. Las *Memorias* es una produccion de Scribe, muy sencilla, que hace reir y nada mas.

DIRECTOR Y EDITOR,  
FRANCISCO DE P. MELLADO.